

de donde parecía imposible expulsarla completamente. Casualmente había ocurrido en su seno el día en que Húlagu pasó el Oxo, un suceso extraordinario y trascendental. Allah ed-din, el penúltimo gran maestro, había excitado el descontento de los sectarios con el rigor que desplegaba en sus repetidas tentativas para restablecer la antigua disciplina, y el 30 de Zul ka'ada de 653 (31 de diciembre de 1255) fué encontrado asesinado. Acúsase á su hijo Rukn ed din de haber tenido noticia anticipada de la muerte de su padre; lo cierto es que su conducta cobarde dió desde el primer día motivo para que fuese atribuida ora á una mala conciencia, ora á un carácter tan pobre y miserable como el de los demás príncipes mahometanos.

La vanguardia mogola, encargada de despejar el camino al grueso del ejército, sitió durante bastante tiempo uno de los principales castillos de los ismaelitas en el Kohistan sin poder tomarlo. El de Alamut y los que estaban á su alrededor, entre los cuales se contaba el llamado Meimun-Dis (castillo afortunado), á la sazón residencia del gran maestro, habían dado ya pruebas en otros sitios anteriores de ser inexpugnables; pero fuese por una razón u otra, el nuevo gran maestro Rukn ed-din participó del terror general que inspiraban los mogoles, y por el intermedio del comandante mogol de Hamadan, y para seguir en posesión de sus dominios como vasallo del gran khan, entró en negociaciones con Húlagu, que había establecido su cuartel general en Tus. Pero como á Húlagu no convenía un vasallo encerrado en fortalezas inexpugnables, empleó ya promesas vagas, ya amenazas serias y un sitio enérgico del castillo de Meimun-Dis, y fué arrancando así concesión tras concesión del despreciable descendiente del terrible Hasan Ibn Sabah hasta lograr al fin, después de muchas negociaciones mañosas, su rendición y la de las personas que estaban con él el 1.º de Zulka'ada 654 (19 de noviembre 1256) (1). El astuto Húlagu le recibió con gran amabilidad y le indujo á entregarle órdenes escritas á todos los comandantes de las fortalezas ismaelitas para que abriesen sus plazas á los mogoles. Después, deseando Rukn ed-din pasar á la corte del gran khan, le dió una escolta de honor, la cual se cuidó de matar en el camino al último gran maestro de Alamut. Los cronistas no dicen si Húlagu se mostró disgustado al saber esta arbitrariedad de la escolta de honor: de todos modos, se hizo uso de las órdenes de Rukn ed-din, las cuales abrieron á los mogoles cuarenta y tantos castillos de los ismaelitas. Algunos pocos resistieron, entre ellos el famoso Alamut, pero éste también capituló el 6 de Zulka'ada (24 de noviembre), y cuatro días después fué entrado á saco, quedando allí un destacamento con el encargo de arrasarlo. Así se hizo con muchísimo trabajo y tiempo, después de haber sido este nido de águilas durante 170 años el terror del mundo mahometano.

La orden de Húlagu de exterminar á los ismaelitas en toda la Persia hasta el último hombre, fué ejecutada con la minuciosidad que los mogoles empleaban en esta clase de tareas, y esta vez siquiera estamos tentados á conceder nuestros aplausos á las costumbres mogolas, cuyo khan no tardó en encontrar otra ocasión para ser agradable á sus súbditos persas. Estos se inclinaban casi todos al sismo, postergado siempre hasta en tiempo de los selducidas, que en materia religiosa habían sido bastante tolerantes. Los mogoles, paganos como eran, ó cuando menos budhistas, miraban con igual indiferencia á la religión mahometana sunnita orto-

(1) Era un domingo (*Histoire des Mongols*, ed. Quatremère, Paris, 1836); ha de ser 19 la fecha exacta y no el 20, como resulta del cálculo de reducción usual.

doxa que á la siita y á la cristiana; para ellos todas eran iguales, y sabida es la tolerancia aparente que mostraron á los misioneros cristianos y la ninguna repugnancia que tuvieron para entrar en relaciones diplomáticas, buscadas repetidas veces por soberanos del Occidente. Con esta política querían únicamente servirse de unas naciones contra otras sin entrar en compromisos con ninguna, y por el mismo motivo tuvieron buenas palabras ora para una religión, ora para otra, y según el caso las favorecían también. Así fué que en el tiempo de los sucesos que ahora narramos recibió Húlagu favorablemente las exposiciones y solicitudes de los persas siitas, que creían haber llegado el tiempo oportuno, exterminados ya los ismaelitas, de acabar también con el abasida hereje, el califa de Bagdad, que pretendía ser el jefe de todos los creyentes. Esta idea halagó mucho á Húlagu, el cual, á diferencia de Gengis Khan y los suyos, que solo trabajaron para extender los límites del imperio mogol único, alimentaba el proyecto de conquistar para sí, aunque como vasallo de su hermano el gran khan Mangu, un imperio en el Occidente (2). Con esta intención, apenas hubo entrado en el territorio persa se rodeó de gran número de musulmanes distinguidos, ya que no los mas respetables, pues que se prestaban á servir de criados á los verdugos de su país. Un autor, que entonces, en 650 (1252), escribió en la corte del gran khan, y que ensalza con un servilismo y un descaro sin ejemplo las hazañas mas horripilantes de sus execrables amos como inspiradas por la voluntad y sabiduría divinas, no puede menos de exclamar (3): «En la revolución que acaba de trastornar al mundo han sido destruidas las escuelas y degollados los hombres de ciencia, principalmente en el Corasan, foco de las ciencias y patria de los eruditos; cuantos varones científicos existían en este país, han perecido bajo el sable enemigo; los que saliendo de la nada han ocupado su lugar, solo se cuidan de la lengua y de la escritura uiguras (4). Todos los empleos y las dignidades mas elevadas están ocupados por gente de la hez del pueblo; multitud de miserables se ha enriquecido, los intrigantes han llegado á ser emires ó visires; los desvergonzados se han hecho poderosos, los esclavos amos, y con encasquetarse el turbante de letrado (5) se cree ya cualquiera ser letrado de veras, y los de baja estirpe se presentan como personas distinguidas. Puede imaginarse cómo en este tiempo, año de hambre de la ciencia y de la virtud, y mer-

(2) Todo lo que los historiadores refieren de intrigas siitas que según ellos indujeron á Húlagu á emprender su campaña contra Bagdad, ha de considerarse, excusado es decirlo, como divagaciones inocentes. De todos modos, nos ha de ser indiferente si el autor sunnita Abulfeda acusa con razón al visir siita del califa de haber tenido inteligencias secretas con Húlagu, ó si tiene razón Raschid ed-din, también sunnita, que al parecer califica estas acusaciones de calumnias. Lo evidente de todos modos es que Húlagu no necesitaba excitaciones para hacer conquistas, pues para esto había emprendido la campaña; y teniendo este propósito, es muy natural que aprovechara las aficiones siitas de los persas para asegurarse la cooperación de personas prácticas y conocedoras del país.

(3) Tengo que seguir la traducción francesa de Ohsson (*Histoire des Mongols*).

(4) Uigura se llama una tribu turca que habitaba al Sur del Thian-Schan. Su idioma es una variante antigua del turco oriental que hoy se habla todavía en Kaschgar y en las comarcas vecinas. La escritura era una imitación de la sirio-nestoriana, tomada de los misioneros cristianos. Los mogoles, no teniendo todavía escritura cuando sometieron estos pueblos, se sirvieron de la lengua y escritura uiguras para hacerse entender de éste y de todos los demás pueblos turcos en todos sus documentos y correspondencia oficial con potencias extranjeras.

(5) El turbante es la prenda distintiva de los letrados (teólogos, magistrados, etc.), que lo llevan también en la vida usual, mientras los demás persas llevan la gorra alta y puntiaguda de piel de cordero negro.

cado de la ignorancia y corrupción, se fomenta la ciencia y el arte, se menosprecia lo noble y se prefiere todo lo vil.» Algo de este desahogo convendrá quizás atribuir al despecho del hombre de letras oficioso, mal alimentado, pero en los puntos capitales habrá sido ciertamente verdad cuanto dice. De todos modos, fué Húlagu un déspota de la clase inteligente, porque no se rodeó de gente estúpida. Ocupó el primer puesto entre sus consejeros persas un varón positivamente notabilísimo, el khodcha Nasir ed-din, natural de Tus, tan eminentemente matemático y astrónomo como retórico é historiador, que (á la manera de Juan de Müller, del siglo XIII) se conformó para bien de la ciencia con lo que no podía cambiar, y así contribuyó á la mayor ó menor humanización de su protector inculto. Húlagu encontró á este sabio en Alamut, á donde había ido á parar por circunstancias y vicisitudes singulares, y tuvo el talento de distinguirlo entre los demás individuos que cayeron en su poder cuando la capitulación de aquel castillo. Desde entonces no se apartó ya de su lado el sabio y á mas discreto persa, siendo muy probable que Húlagu recibiera de él los pretextos diplomáticos que necesitaba para justificar su expedición brutal contra el califa Mustasim. Húlagu trató al principio con mucha amabilidad al califa, para después, en el curso de las negociaciones entabladas con objeto de llegar á un arreglo pacífico, hacerle parecer culpable del rompimiento; mas para estas artimañas se bastaba Húlagu como buen mogol y no necesitaba persas.

Ya hablamos anteriormente de la actitud vacilante del califa, que ante la próxima tempestad mogola no sabia decidirse ni por una resistencia varonil ni por dominar su orgullo de abasida prestando una sumisión incondicional. Húlagu, para conseguir su objeto con toda seguridad, reunió mas fuerzas de las que habrían sido menester; llamó las tropas mogolas acantonadas en el Rum ó sea en el Asia Menor, y él mismo se puso en marcha desde Hamadan con otro ejército en dirección á Bagdad. El 10 de Moharram de 656 (17 de enero de 1258) fué derrotado y dispersado el ejército del califa por una división de fuerzas mogolas situada en la orilla derecha del Tigris, á legua y media de distancia al Oeste de la ciudad, y al día siguiente acampó Húlagu delante de Bagdad por el lado del Este con el ejército principal. Tres semanas pasaron en negociaciones y combates sueltos; los mogoles fueron ocupando un barrio tras otro; la población estaba excitadísima; las tropas del califa, sabiendo que de todos modos habían de morir, intentaron abrirse paso con las armas al través de los enemigos apostados alrededor, y entretanto el mísero descendiente del poderoso Mansur no sabia qué hacer. Finalmente entregóse con los suyos á Húlagu el 4 de Safar (10 de febrero). Húlagu le dispuso en su campamento la mejor acogida, como la había dispensado al último gran maestro de los ismaelitas, cuyos predecesores habían empezado por ser los temibles representantes de la oposición de los alidas á los califas abasidas; y el último califa abasida experimentó como el último gran maestro ismaelita la amabilidad del terrible mogol hasta que le hubo entregado todos sus tesoros mejor guardados. Ciertísimo es que los mogoles han sido el pueblo que mas placer que ningun otro han encontrado en las matanzas de seres humanos; pero sabían dominar este apetito sanguinario para aplazar su satisfacción hasta haber sacado á fuerza de angustias de sus víctimas cuanto podía serles útil. Sabido era que Nasir, el bisabuelo de Mustasim, había amontonado durante los 46 años de su reinado riquezas incalculables; lo que faltaba era saber dónde estaban. Con este objeto Húlagu cuando entró en la ciudad, dos días después de la rendición, dió un banquete á sus grandes en el palacio del califa.

A lo mejor de la fiesta, mandó comparecer á este último y le dijo en tono de amistosa broma: «Tú eres aquí el amo y nosotros tus huéspedes; ¿qué tienes para regalarnos que sea digno de nosotros?» El califa temblando de piés á cabeza ni siquiera atinó á distinguir entre las llaves que le fueron presentadas; pero al fin pudo abrir algunas cámaras, donde guardaba tesoros, cuyo contenido «el huésped» Húlagu hizo repartir al instante entre los suyos. En seguida dijo en tono mas severo: «Ya están á la vista los tesoros que guardas sobre la tierra, y que pertenecen á mis servidores; ahora dí lo que tienes oculto y dónde lo tienes.» Mustasim confesó que en el centro del palacio existía una cueva oculta llena de oro; y, en efecto, las pesquisas practicadas al instante mismo en el sitio designado dieron por resultado el descubrimiento del tesoro de la familia abasida. Allí había montones de barras y lingotes de oro, que el califa podía haber empleado en el alistamiento de tropa contra los mogoles, pero según parece esta idea jamás había cruzado por su mente. Todo fué embargado; cuanto había en el palacio fué inventariado, y las 700 mujeres y 1,000 eunucos del califa fueron conducidos á otra parte. Al día siguiente fueron llevados al campamento todos los tesoros y amontonados al rededor de la tienda del khan; los edificios principales de la ciudad de los califas, grandiosa todavía hasta en su ya secular decadencia, incluso la mezquita, en la cual en otro tiempo organizaron y dirigieron el culto mahometano los soberanos de medio mundo, y los sepulcros de los abasidas, fueron entregados á las llamas; pero Húlagu hizo cesar la matanza y el saqueo, diciendo muy discreta y bondadosamente: «Ahora somos soberano de Bagdad; que continúen, pues, los habitantes sin temor y cada uno vuelva á sus ocupaciones.» Los que se habían librado de la matanza tuvieron ya seguridad para sus personas; pero el califa y todos los individuos de su familia, en cuanto pudieron ser habidos, fueron ejecutados el 14 de Safar (20 de febrero).

Con la antigua familia soberana quedó extinguido también lo que había quedado á la ciudad de Bagdad de su antigua grandeza: la «ciudad de la salvación» se había vuelto «lugar de desgracias.» Bagdad, reducido el número antes tan grande de sus pobladores, perdida su antigua dignidad de capital del Islam, despojada de sus fuentes de riqueza, es todavía hoy testigo elocuente de una de las mas espantosas catástrofes que jamás ha podido acabar con una civilización secular, avanzada y floreciente.

## CAPITULO II

### LOS IL-KHANES Y LOS MAMELUCOS

La caída de Bagdad fué el principio del fin del Islam, á lo menos del Islam que en el terreno de sus primeras victorias fué el poderoso fomentador del desarrollo material é intelectual de grandes pueblos, y cuyos efectos fueron en muchos conceptos positivamente benéficos. Después de la invasión mogola, el mundo mahometano no conservó vida material é intelectual, por poco que merezca este nombre, sino en aquellos países cuyo suelo no fué hollado por los cascos de los caballos mogoles ó que por su sumisión voluntaria y pronta se ahorraron por lo menos los infortunios mas grandes. Aun estos países que en adelante representan el genio mahometano, á saber, el Egipto y, en parte, la Siria por el elemento árabe, el Asia Menor occidental por el turco, y el Farsistan con algunos territorios vecinos por el elemento mahometano-persa, presentan en el punto de su historia donde entra la conquista tártara un abismo entre su pasado y su porvenir. Las bellas letras persas, tan exube-

rantes en el siglo VI (XII), presentan un vacío chocante a mediados del siglo VII (XIII) y en el siguiente (1); y si su mayor poeta de tiempo posterior, Hafiz, floreció en Chiraz, territorio preservado de la destrucción por la política discreta, aunque poco valiente, de su atabeg, y si después la poesía volvió a echar nuevos vástagos en otros lugares bajo la protección de los timuridas y los sefidas, estos vástagos fueron siempre renuevos de otras épocas, que se presentaban bajo diferentes atavíos pero sin nuevas ideas. Ya hicimos notar antes que la verdadera fuerza motriz del Islam empezaba a menguar en la época seldyucida; pero si en otras civilizaciones la historia presenta con frecuencia durante el período decadente una nueva reanimación o cuando menos una hermosa florecencia de otoño, no se observa lo mismo en la civilización mahometana después de la devastación mogola. El genio y la civilización de los pueblos mahometanos quedaron desde entonces paralizados y en el transcurso de los siglos inmóviles; y por muchas que sean las guerras, el estrépito y hasta los triunfos en el exterior, especialmente de los turcos, no ha habido en ninguna parte del mundo mahometano desde el siglo VII (XIII) un movimiento verdadero ni menos un progreso en la vida interior, exceptuando únicamente la India, donde condiciones especiales, sobre todo la influencia irresistible de un carácter nacional fuertemente pronunciado, han producido creaciones especiales y nuevas, pero que hasta hoy no han sido tampoco duraderas.

Verdad es que casi al mismo tiempo en que el poder mogol parecía haber consumado la ruina de todas las dinastías mahometanas, se levantó una barrera que le impidió hacer progresos ulteriores. A manera de ráfaga fugaz arrolló todavía la Siria el ejército de Húlagu; pero en Palestina experimentó su primera derrota verdadera al encontrarse con los mamelucos bahritas del Egipto, y cuantas veces el khan y sus descendientes volvieron a sus ataques, otras tantas se frustraron sus tentativas de incorporar a su imperio aquella provincia. Con el envío de los hermanos de Mangu-Khan al extremo Oeste y Sudoeste del mundo mahometano, llegó por lo pronto a su término el poderoso derrame de pueblos al cual Gengis-Khan, desde medio siglo antes, había dado dirección con fuerza irresistible. Verdad es que el hermano y sucesor de Mangu, el gran khan Kubilai, que reinó desde 657 (1259) hasta 693 (1294) envió en el año 661 (1263) un ejército de 30,000 hombres por vía de refuerzo a Húlagu; pero al propio tiempo le concedió el título de Il-khan, ó sea «príncipe de tribu», soberano independiente ó poco menos de Persia y demás territorios al Oeste del Oxo. Aunque Húlagu, y por lo menos los il-khanes sus inmediatos sucesores, a quienes llamamos hulaguidas, se reconocieron vasallos del gran khan, su independencia fué en realidad absoluta, ya que entre su imperio y el poder central reinaban los chagatais, descendientes de uno de los hijos de Gengis-Khan, los cuales con sus extralimitaciones y desobediencia dieron tanto trabajo a los grandes khanes que éstos no pudieron pensar en coartar la independencia de los il-khanes. En cambio tampoco éstos podían esperar apoyo ni auxilio del gran khan, y a medida que fué desapareciendo el terror del nombre mogol, quedaron reducidos a la categoría de otros soberanos de Estados vecinos suyos, que se habían conservado desde la época anterior ó que se habían formado después sobre la base de los gobiernos militares confiados por Gengis-Khan a sus hijos. Entre otros estaban los

(1) Schefal-ed-din Rumi y otros poetas sofíes, que todavía son de esta época, no invalidan lo dicho, y son mas bien testimonios de la miseria de su tiempo, como Pablo Gerhardt en la guerra de Treinta años.

dominios de Chagatai, al cual había confiado su padre Gengis los países al Sur del Altai; los de los uigures, Kaschgar con Yarcanda y Khoten, la Transoxania y los territorios de Balh, Gazna y Sedyestan, dejados por Chagatai a sus descendientes. Los hijos de Schudschí reinaban en Rusia y al Norte del mar Caspio, en el khanato de Kipchak, ó sea de «la horda de oro» (2). A medida que se aflojaron los lazos de dependencia que unieron estos tres imperios al poder central, se turbaron también de cuando en cuando las relaciones pacíficas entre sus soberanos, los descendientes de Gengis-Khan, y se hizo cada vez mas difícil al poder mogol desplegar en el Oeste la fuerza irresistible de antes. Si a esto se añade que el nuevo imperio, a pesar de su extensión colosal, había de verse cada vez mas escaso de recursos a consecuencia de la devastación de casi todas sus provincias, se comprenderá que al fin bastaran las fuerzas nada descomunales de los mamelucos de Egipto para poner un dique a la extensión del dominio de los il-khanes. Por la misma razón no llegaron tampoco los khanes mogoles a establecer sólidamente su dominio en toda el Asia Menor, no obstante la conducta sumisa de los últimos sultanes seldyucidas de Iconio. Allí no tardaron en hacerse soberanos independientes los jefes de tropa y de tribus turcomanas y otras de raza turca que mas cerca de la frontera bizantina se encontraban, y que tuvieron buen cuidado de quitar toda influencia y autoridad a los il-khanes en la mitad occidental del Asia Menor. Entre estas tribus turcas independientes figuraba la de los osmanes ya a fines del siglo VII (XIII), y ya sabemos que éstos lo mismo que los turcos de Egipto y de Siria fueron un dique contra el cual el poder mogol se mostró impotente. Verdad es que estos baluartes contra la invasión de los bárbaros fueron también de escasísimo provecho para el Islam, porque los que en adelante dominaron en Siria, en Egipto y en el Asia Menor, si no eran mogoles, eran en cambio turcos; y aunque no tan aficionados como aquellos a grandes matanzas, y a pesar de tratar a sus súbditos pacíficos con bastante benevolencia, y de saber como nadie restablecer cuando convenia y conservar el orden exterior, ejercieron en el interior del islamismo una influencia casi tan funesta como los mogoles, aunque bajo otro punto de vista. Su carácter y su inteligencia limitada en general, que no está reñida con cierta destreza diplomática en casos determinados, no permiten al turco hacerse cargo de las necesidades de un gran imperio, mientras su adhesión ciega y rutinaria al dogma sunnita le induce a perseguir toda manifestación de criterio independiente. Los mogoles arrasaron ciudades y degollaron a sus habitantes, pero bajo el dominio turco las ciudades decaen y entre los habitantes se secan las fuentes de riqueza y de actividad intelectual.

En la época de que ahora hablamos estaba en su primer período de gestación el poder turco, que con su desarrollo rápido y su extensión imprevista a Europa introdujo en ella un elemento hostil a la civilización y eminentemente destructor, al mismo tiempo que llevó al Islam a una serie de triunfos materiales en Asia y en el Norte de Africa que no modificaron los tristes resultados del período mogol. Esto explica la esterilidad y aridez completas que caracterizan al mahometismo en los siglos inmediatos. En los Estados de los il-khanes, en los de los mamelucos y después en el imperio de los osmanes, alternan las guerras exteriores con las revoluciones interiores como antes entre califas y sultanes, sin que modifiquen ni el aspecto general del Islam, ni la suerte de los pueblos. Estos, si bien en algun país, por circunstancias

(2) La historia de este khanato se encuentra en la obra de Schiemann: *Rusia, Polonia y Livonia hasta el siglo XVII*.

especiales, llegan a cierto bienestar efímero, van hundiéndose bajo la presión de soberanos despóticos y brutales en el marasmo y en la inacción. Durante algun tiempo los efectos benéficos que las cruzadas produjeron accidentalmente para el Oriente, aunque en menor escala que para el Occidente, a saber, las relaciones mercantiles entre las grandes repúblicas italianas y los países orientales, detuvieron esta decadencia, dando lugar a la formación de los emporios de comercio inter-continuales de Chipre, Alejandría y Constantinopla, que continuaron siéndolo aun después de la expulsión de los occidentales de Palestina y Siria (1) hasta el principio de la historia moderna. Esto y la situación geográfica favorabilísima de Egipto explican la duración, de otra manera incomprensible, del dominio mameluco, tan brutal, tosco y sujeto a continuas y peligrosas conmociones, que se mantuvo durante mas de dos siglos y medio. También salió beneficiada la Persia del comercio que hacia Génova en el mar Negro, el de Azoff y los puertos del Caspio. La conquista de Constantinopla por los osmanes primero (en 1453) y el descubrimiento del camino marítimo a la India en 1498 acabaron con estas relaciones y aceleraron la ruina material tanto del Oriente como de Génova y Venecia.

Menos importancia, si bien no dejan de ofrecer interés, tienen las relaciones políticas que entre los gobiernos de Oriente y de Occidente se entablaron a la sombra de las relaciones de comercio. Ya hemos expuesto la actitud que observaron los mogoles respecto de las religiones que profesaban los pueblos sometidos a ellos. Los primeros il-khanes, que eran paganos y miraban con la misma indiferencia el mahometismo y el cristianismo, pensaron hacer servir de ariete contra los turcos mahometanos del Egipto al rey cristiano de la Armenia Menor, desde mucho tiempo vasallo del khan, y por su medio a los puestos cristianos avanzados dentro de Siria. En efecto, muy útiles podrían haber sido a Húlagu y a sus sucesores en la realización de sus proyectos de conquista por aquel lado los soberanos y magnates europeos con sus caballeros y hombres de armas establecidos en aquellos países, aunque su poder no era ya temible desde el fracaso de la cruzada de San Luis. Pero estos potentados cristianos comprendieron desde el primer instante que no les convenia aliarse con bárbaros para vencer a otros bárbaros, y así rechazaron toda comunidad con los mogoles, lo cual no deja de honrarles mucho, aunque estaba en su interés el rechazarla, porque esta comunidad habría acabado irremisiblemente por la sumisión completa de aquellos potentados cristianos a los khanes mogoles. A pesar de esta negativa hubo un continuo movimiento diplomático entre los papas, los reyes de Francia y de Inglaterra por un lado y los il-khanes por otro, a causa del odio común a los paganos y cristianos contra los mahometanos. Estas relaciones diplomáticas dieron, sin embargo, tan poco resultado como las que en su tiempo entablaron los califas abasidas con los cristianos, y luego se establecieron entre el jefe de los akoyunlus y la república de Venecia. Con todo, son interesantes estas relaciones, como preliminares de las que desde entonces han continuado sin interrupción y que hoy reciben su expresión en la política de Rusia de conservar su influencia sobre la Persia para servirse de ella en un momento dado contra la Turquía.

(1) Véase la obra alemana de W. Heyd: *Historia del comercio de Levante*, Stuttgart, 1879, en la cual el autor, erudito y sagaz, ha aprovechado cuantas fuentes occidentales y orientales le han sido accesibles, si bien queda mucho todavía por investigar respecto de la influencia que este comercio ejerció en el Oriente, para lo cual será preciso aguardar la publicación de muchos textos árabes y persas originales.

Húlagu, que reinó desde 656 (1258) hasta 663 (1265), después de la toma de Bagdad regresó por lo pronto a Hamadan, desde donde pasó luego a Meraga y finalmente a Tebris, la capital del Aderbidyan, donde los il-khanes establecieron en adelante su residencia durante una parte del año. Los mogoles, no acostumbrados al clima cálido de la Persia y del Irak, preferían vivir en los países mas septentrionales, que eran también los que mas habían aislado, como el Corasan, la Media, la Persia meridional y los países del Cáucaso. Además, los habitantes del Mediodía se mostraron mas sumisos, lo cual junto con su clima hizo que padecieran menos por la crueldad de los invasores. Hoy todavía los reyes de Persia al aproximarse el verano salen de su capital, Teheran, para pasar esta estación en las montañas umbrosas del Norte, y lo mismo hacían los il-khanes, que pasaban los veranos en Tebris ó Meraga y después en Sultaniya, la cual de simple villorrio situado entre Kaswin y Sedschan fué transformada por Argun, nieto de Húlagu, en el año 689 (1290) en residencia veraniega favorita de los reyes mogoles. Para residencia de invierno eligieron a Bagdad, conservando así hasta en esto los hábitos nómadas de su raza.

Mientras sus generales acababan de someter las comarcas vecinas de Bagdad, Húlagu estableció en esta ciudad su corte, después de haber recibido en el camino los homenajes de sumisión y fidelidad de varios príncipes musulmanes que habían renunciado a toda resistencia. El hijo de Abu Bekr, regente de Fars, volvió a presentarse en Bagdad, y lo mismo hicieron los seldyucidas Is-ed-din y Rukn-ed-din, que según convenia al mogol ocupaban alternativa ó simultáneamente el gobierno del Rum, y el señor de Mosul, el nonagenario Bedr-ed-din Lulu. El adúlador mas rastrero era Is-ed-din, el cual sabiendo que Húlagu no le miraba con buenos ojos, le regaló un par de preciosas babuchas en cuyas suelas estaba bordado el retrato del donante con la inscripción: «El siervo tiene la esperanza de que el soberano le elevará con su pié bienhechor (2).»

No podía pedir mas el mogol feroz, que rodeado de persas instruidos, había aprendido lo que valían estas adulaciones. A pesar de ser pagano, como lo era la mayoría de sus tártaros y como continuaron siéndolo sus sucesores inmediatos, no dejó de aprovechar a su modo la civilización persa. Lo que mas le interesó de esta civilización fué la astrología, cultivada desde mucho tiempo en aquel país y que había tenido ya Gengis-Khan en gran estima; y si todavía hoy el rey de Persia no emprende nada importante sin que sus astrólogos hayan fijado el día y hora mas favorables para ello, con mayor motivo observaron los il-khanes esta práctica. Ciertamente debió de ser la fama de gran astrólogo la que recomendó al erudito Nasir-ed-din al terrible Húlagu, y el primer edificio grande que éste último hizo construir, después de sus palacios, fué un observatorio astronómico en Meraga, cuya dirección confió al mismo Nasir-ed-din, que se sirvió de este establecimiento también para sus estudios astronómicos serios. La creación de monumentos ha sido siempre, de todas las actividades políticas, la que han comprendido mejor los soberanos mogoles y turcos, como lo atestiguan la mezquita sepulcral de Sultaniya, levantada por Gasan, biznieto de Húlagu, los monumentos análogos de los sultanes mamelucos y las creaciones magníficas de los sultanes turcos y emperadores mogoles de la India.

Por lo demás, era Húlagu tan bárbaro y feroz como antes y como su abuelo Gengis-Khan; para convencerse de lo cual basta leer las relaciones de los historiadores mahometanos

(2) Dándole, al pisar su retrato, la patada que le ennoblecía.